

Guillermo J. CANO GÓMEZ, *Historia de los padres y doctores de la Iglesia*, Córdoba, Sekotia, 2023, 200 pp. 19,95 €. ISBN: 978-84-18414-81-7.

El libro de Cano viene a llenar un hueco en la divulgación de la historia de la Iglesia y del pensamiento cristiano. Presenta de manera amena a todos los “doctores de la Iglesia”. Entre los cristianos venerados como santos por la Iglesia Católica constituyen un grupo peculiar puesto que, para alcanzar este título, requieren un reconocimiento especial por parte del Sumo Pontífice, además de la canonización misma. La declaración de doctor de la Iglesia convierte su enseñanza en un testimonio especialmente autorizado de la “Tradición”.

El libro de Cano, pese a su nombre, quiere ser sobre todo un acercamiento a los doctores, puesto que los “padres de la Iglesia” estudiados en él lo son en cuanto han recibido el reconocimiento de doctores. En este sentido, esta obra representa una introducción muy restringida a la literatura patrística debido a los límites impuestos por el propio proyecto de redacción. Cano es muy consciente de ello, pero también señala la utilidad de emplear este rasgo para una selección: “Este criterio recorta muchísimo el número de santos padres y deja fuera a grandes padres de la Iglesia, sin embargo ofrece una lista de los santos padres más o menos representativa y sin duda objetiva, pues no deja al arbitrio del autor qué padres se tratan y cuáles se omiten, además, ayuda a dar coherencia a las dos partes del libro” (p. 16).

El reconocimiento como “doctores de la Iglesia” es aquí crucial puesto que, desde el punto de vista de la metodología teológica, los padres no son estudiados exclusivamente por su antigüedad —como recuerda el propio autor (p. 13)— sino sobre todo como testigos calificados de la fe de la Iglesia. El reconocimiento oficial de algunos de ellos como “doctores”, sin ser exclusivo, proporciona una ventajosa pauta para priorizar determinadas síntesis teológicas como particularmente valiosas. Ese singular aprecio por el pensamiento de los padres, ya presente en la teología, quedó sancionado en 1298 con la declaración pontificia de los cuatro primeros doctores de la Iglesia (pp. 65, 83-84); luego se hizo extensivo a otras

figuras: primero a santo Tomás de Aquino y después se ha ido ampliando a teólogos más recientes.

El libro está distribuido en dos partes, una dedicada a los “padres” y otra a los “doctores”, aunque —como decimos— todos son doctores. En realidad, se podría hablar de tres partes: una sobre los doctores que además son padres de la Iglesia, otra sobre los demás doctores y otra sobre las doctoras. En primer lugar, después de un conciso prólogo, Cano presenta a los padres de la Iglesia aclarando el concepto y después distribuye a los doctores de la Antigüedad en tres grupos, a saber, los griegos, los orientales y los latinos. Esta agrupación le obliga a retroceder en el tiempo, dado que la presentación de una figura tras otra sigue un criterio cronológico. Sin embargo, la vinculación de los padres en estas tres tradiciones permite mostrar diferentes líneas de continuidad cultural de marcada importancia para la exposición. La segunda parte está dedicada a los demás doctores: los medievales y los modernos. En ese momento, el orden histórico se torna más estricto, pues primero son presentados en un capítulo aparte los medievales y en otro los modernos, que efectivamente están concentrados —como reza el título— “en torno a Trento” (p. 171). El tercer capítulo de la segunda parte constituye lo que he descrito antes como la “tercera parte” del libro: se ocupa de las doctoras de la Iglesia, que son únicamente 4 (frente a un total de 37 doctores, representan tan sólo el 10,81% del total). Mientras que el criterio seguido en el resto del libro era, en la medida de lo posible, el diacrónico, en el caso de las doctoras, Cano ha abrazado otra disposición que también revela datos elocuentes sobre estas autoras: ha seguido el orden en que han ido siendo reconocidas como doctoras (p. 175). De esta manera, aparecen primero santa Teresa y santa Catalina de Siena, después santa Teresa del Niño Jesús y, por fin, santa Hildegarda.

Cano se esfuerza en este libro por hacer accesibles estas figuras a un público muy amplio y parece servirse del hilo histórico, contando también con los grandes acontecimientos de cada siglo, para dotar de unidad a lo que muy bien podría haberse convertido en una especie de diccionario de personajes bastante variados y algo desconectados entre sí. Se ha de reconocer el esfuerzo del autor que, en efecto, ha logrado “evitar

en todo momento el tono ‘enciclopédico’ y evitar presentar un mero elenco de personajes y obras” (p. 9). De esta manera, ofrece una muestra bastante completa de una cantidad considerable de figuras en tan sólo doscientas páginas, con un español esmerado y elegante, de agradable lectura, con referencias contemporáneas que hacen asequible y entretenida la obra. La prioridad dada a la historia hace que se reduzca un poco el aspecto central de la aportación de los doctores, justamente, su “doctrina”. Sin embargo, Cano logra dar unas cuantas pinceladas de las aportaciones intelectuales principales al pensamiento cristiano de cada uno de ellos, aclarando, en trazos breves pero muy rigurosos, puntos de no fácil explicación, como la formación del dogma trinitario o cristológico. Además, el libro contiene algunas ilustraciones que ayudan a situar geográfica o cronológicamente los hechos y, en ciertas ocasiones, muestran imágenes que acompañan bien el discurso.

A pesar de tantos puntos positivos, me permito tan sólo señalar un par de menudencias. La más importante es que, dada la gran utilidad como introducción y como herramienta auxiliar de este libro, se echa muy en falta la incorporación de algo tan sencillo como sería un listado completo de los 37 doctores de la Iglesia con indicación de la página en que es tratado cada uno de ellos. Desgraciadamente, la tabla de contenidos (p. 7) sólo proporciona la paginación de los capítulos y no existe ningún índice onomástico que nos facilite esa práctica información. Por otra parte, cuando se menciona a los dos grandes intelectuales de lengua árabe Avicena y Averroes (p. 129), son intercambiadas sus nacionalidades y se hace andalusí al primero y persa al segundo. Asimismo, aunque no es posible comentar todas las aportaciones de cada doctor, hubiera sido de interés resaltar la contribución de san Juan de Ávila (pp. 140-146) al Concilio de Trento, un detalle significativo de su estatura teológica y un índice de su magisterio como doctor de la Iglesia. Tampoco me parece exacto denominar “pietismo” al “prejuicio de que la fe no es racional” (p. 186): mientras que se emplea la voz “pietista” para referirse a la corriente protestante inaugurada por Spener, se suele denominar más bien “fideísmo” al tipo de desviación doctrinal que pretendía combatir *Dei Filius* —a la que Cano se está refiriendo en esa página—.

Estos mínimos comentarios apenas debieran deslucir esta obra, excelente y muy recomendable, de enorme utilidad a un público culto que encontrará en ella una mirada muy dilatada a la historia del pensamiento cristiano. Es un excelente complemento al estudio de la historia de la Iglesia y representa una lectura atrayente para todo aquel interesado en la teología y el pensamiento cristianos.

David Torrijos Castrillejo

Universidad Eclesiástica San Dámaso

Sevilla, España

dtorrijos@sandamaso.es

 <https://orcid.org/0000-0003-2005-5634>